

EL LUGAR DEL ANALISTA EN LA TRANSFERENCIA Y LA DIRECCION DE LA CURA

Autor: Gabriela Mineo

Institución: UNLP (Facultad de Psicología)

Email: gabrielamineo@yahoo.com.ar

Resumen

El presente trabajo tiene como punto de partida y también como eje central las siguientes preguntas: “¿qué es un analista? ¿cuál es su lugar en el análisis?”

Dado que se trata de preguntas siempre vigentes para el psicoanálisis y a su vez para cada analista en particular, intentaremos esbozar una posible respuesta a partir de la articulación de algunos elementos teóricos y clínicos que aparecen como esenciales para despejar estas cuestiones.

Con la finalidad no de cerrarlas sino, más bien, de trabajarlas buscaremos en la obra de Freud algunos conceptos mediante los cuales trata de delimitar el problema concerniente a lo que hace al analista y su lugar.

Comenzaremos planteando la relación existente entre la estructura de la pulsión y la transferencia para recortar allí el lugar del analista como objeto.

Una vez diferenciados los tres registros en la transferencia, nos referiremos en particular a los conceptos de abstinencia y contratransferencia, ya que son fundamentales en tanto permiten deslindar aspectos diferentes de lo que allí está en juego. Luego retomaremos estos conceptos desde las formulaciones de la enseñanza de Lacan considerándolos como antecedentes en su conceptualización del deseo del analista como función pivote del análisis. A su vez, se establecerá la diferencia entre el deseo del analista y la abstinencia, la contratransferencia y el deseo de ser analista, realizando un breve recorrido por algunas definiciones de esta función presentes en diferentes momentos de su obra. Se intentará mediante dichos conceptos y su relación con los problemas que plantea la clínica psicoanalítica circunscribir estos interrogantes en tanto son inherentes al psicoanálisis como profesión imposible. Imposibilidad que consideramos como obstáculo a trabajar, ya que la relación que el analista mantenga con ella tendrá consecuencias en su clínica, esto es,

en las intervenciones que realice y en el modo en que considere la dirección de la cura. Será desde dicha perspectiva que el deseo del analista en tanto nombra un lugar imposible por estructura aparecerá como necesario y fundante de cada análisis en la medida en que por él se sostiene el dispositivo analítico. Asimismo, nos referiremos en particular a la definición del deseo del analista que plantea Lacan en la Proposición del 9 de octubre en relación con sus dos vertientes: el ϕ y el objeto a. Buscaremos articularla con la dirección de la cura y la necesidad del análisis del analista.

Por otra parte, retomaremos las preguntas formuladas al inicio a la luz del deseo del analista... Para proponer una nueva: ¿qué es el deseo del analista? ¿Es su consideración una cuestión meramente teórica?

Para concluir, propondremos su relación con los conceptos antes trabajados (llegando incluso a incluirlos en su definición). Al mismo tiempo intentaremos delimitar el punto en el cual este deseo queda como absolutamente inasimilable a ningún concepto anterior, el punto en el que queda como un ombligo, como aquello más desconocido (hasta para el propio analista) en tanto permite cernir un vacío que funciona como causa.

Por último, el deseo del analista se nos aparece como inseparable de la relación con el saber... pero justamente, un deseo tal, advertido de la imposibilidad de saber... ¿exime al analista de tenerlo en cuenta en su práctica? ¿lo exime asimismo de considerar que no es un deseo puro, sino un deseo de obtener la diferencia absoluta en la medida en que va más allá de cualquier ideal?

Y a su vez, tener esto en cuenta ¿le garantiza el hecho de estar ocupando el lugar que le corresponde en esa transferencia?

De lo cual se desprende uno de los problemas en la dirección de la cura... ¿cómo no hacer de ese deseo "más allá de los ideales" un nuevo ideal?

Palabras clave: abstinencia; transferencia; deseo del analista; dirección de la cura

Trabajo completo:

Cuando se nos pregunta por qué el análisis no se realiza cara a cara, creemos saber la respuesta, en el sentido de que nadie duda de que deba ser así, pero sin embargo vacilamos al responder.

La pregunta toca el problema del lugar que ocupa el analista en el análisis. Cuestión que muchas veces se da por sobreentendida, se habla del “analista” en un sentido sustancial, sin tener en cuenta que su lugar no es el de “alguien que se dedica al psicoanálisis”.

Dicho de otra manera: ¿qué es un analista?

Freud plantea que al ingresar en el lenguaje, el sujeto debe renunciar a cierta satisfacción pulsional: a partir de ese momento la satisfacción no será sino parcial. A partir de entonces el objeto que aportaría a la pulsión su satisfacción queda perdido para siempre. Por eso la pulsión no tiene objeto, o dicho de otro modo, el objeto de la pulsión (el que sería adecuado a la satisfacción) es un vacío, este objeto se constituye en tanto irremediabilmente perdido. Pero el sujeto no acepta de buen grado la renuncia a la satisfacción: si el objeto de satisfacción se pierde, esto no será sin un intento de resarcimiento. El ser humano se procurará entonces “satisfacciones sustitutivas” a esa que se perdió en el inicio. Intentará recuperar algo de esa satisfacción por otros caminos, esencialmente por el camino de la repetición, y, en el análisis, por la repetición en transferencia.

Entonces, la pulsión deberá realizar un rodeo a través de algún objeto que vendrá a sustituir a aquel que no existe. Este movimiento pulsional es la condición de la transferencia. *“La carga pulsional se transfiere de la falta de objeto a un objeto indiferente. Es aquí donde el analista, [...] “paga con su persona”, [...] la presta a encarnar ese objeto pulsional. La “presencia del analista” [...] llega a ocupar el lugar del objeto ausente engendrando [...] la “falsa conexión de la transferencia”.*ⁱ No porque exista otra verdadera, sino *“necesariamente falsa, en tanto la falta de objeto es la condición estructurante del aparato psíquico”*ⁱⁱ.

Distingamos los tres registros en la transferencia.

En el registro imaginario, nos encontramos con el costado de la transferencia referido a los sentimientos y la sugestión. Los sentimientos amistosos facilitan la sugestión. Este componente sugestivo es irreductible y el analista debe aprovecharlo para la curación. Esto es diferente a ejercer la sugestión. La transferencia coloca al analista en una posición privilegiada que le otorga un cierto poder sobre la palabra del paciente, en la medida en que éste lo supone el sujeto del saber inconsciente. Pero será sólo absteniéndose de ejercer ese poder que el analista podrá ubicarse en el lugar adecuado para dirigir la cura.

Pero, ¿de dónde proviene el amor de transferencia que origina la sugestión? Lacan dice que al que se le supone un saber, se lo ama. Encontramos aquí la segunda vertiente de la transferencia, la transferencia simbólica.

Esta consiste en una suposición de saber al otro. El saber inconsciente que porta el discurso del paciente es transferido al Otro que encarna el analista. Es lo que Lacan denominó Sujeto Supuesto Saber.

El Sujeto Supuesto Saber es un efecto que se produce cuando el analista ocupa el lugar de objeto, ya que así presta su persona para que el analizante instituya al Otro al cual van a dirigirse los síntomas. Este lugar es un producto del encuentro entre la palabra del analizante y la escucha del analista.

Allí donde sólo hay un vacío, en tanto el analista no se encuentra como persona, el sujeto va a erigir al Otro que detenta el saber. Esta es la equivocación necesaria del análisis: suponer que por medio del saber del Otro se puede acceder a la verdad.

El analista, entonces, va a ser ubicado en el lugar del ideal mientras que el analizante se va a colocar en el lugar del supuesto yo ideal del analista, en la medida en que se le supone no sólo un saber sino también un deseo. Un saber y un deseo supuestos a un sujeto también supuesto, ya que el analista, lejos de estar como sujeto, está siempre como objeto, aunque el analizante lo ignore. Este es el lugar que corresponde al analista: el de *"ofrecer un lugar vacante para que el deseo del paciente se realice como deseo del Otro"*.ⁱⁱⁱ

En tanto el analista está como objeto, encontramos el tercer aspecto de la transferencia: el que está en relación con lo real. En este sentido, la transferencia se nos presenta como fenómeno de goce, articulado con la repetición.

Pero, ¿cómo es que el analista puede llegar a ocupar el lugar de objeto? En Freud encontramos algunos intentos de responder a esta pregunta, refiriéndola a una determinada posición que correspondería al analista. A dicha posición la llama “de abstinencia” y la considera condición de posibilidad del análisis.

La abstinencia para Freud no se refiere a la privación corporal, ni a la privación de cuanto se apetece, sino al principio de que *“hay que dejar subsistir en el paciente necesidad y añoranza como unas fuerzas pulsionantes del trabajo y la alteración y guardarse de apaciguarlas mediante subrogados”*.^{iv}

Ante la demanda del paciente, su respuesta es: ni aceptarla ni rechazarla, sino tomarla como material del trabajo de análisis.

Dice Freud: *“por abstinencia no debe entenderse la privación de una necesidad cualquiera -esto sería desde luego irrealizable-, ni tampoco lo que se entiende por ella en el sentido popular, a saber, la abstención del comercio sexual; se trata de algo diverso, que se relaciona más con la dinámica de la contracción de la enfermedad y el restablecimiento”*.^v

Entonces, la abstinencia está en relación con la particularidad de cada paciente en la medida en que su demanda pasa a estar dirigida al analista.

Por otra parte, sabemos que la satisfacción de la demanda es imposible por estructura. Por eso cualquier objeto que el analista pudiera ofrecer a su paciente sería solamente un subrogado, un mero sustituto de aquel que no existe.

Es contra esta última posibilidad que Freud se pronuncia en ese texto. Si el paciente enfermó, dice él, justamente a raíz de una frustración y sus síntomas cumplen la función de una satisfacción sustitutiva, no renunciará fácilmente a ellos. No sin procurarse alguna satisfacción en otra parte. En particular, en la cura misma. *“El enfermo busca la satisfacción sustitutiva sobre todo en la cura misma, dentro de la relación de transferencia con el médico, y hasta puede querer resarcirse por este camino de todas las renunciaciones que se le imponen en los demás campos”*.^{vi}

Por lo tanto, la abstinencia del analista se fundamenta en una razón de estructura.

Para Lacan, la abstinencia es la operación que permite distinguir la transferencia de la sugestión en la medida en que consiste en no gratificar la demanda. Así, aparta la transferencia del plano imaginario para reconducirla al

eje simbólico en el cual, más allá de los dos que están en la sesión, hace intervenir al tercero allí en juego, al Gran Otro que encarna el analista.

Es en relación con la abstinencia que Lacan sitúa otro término presente sobre todo en el psicoanálisis posfreudiano: la contratransferencia.

Lacan habla de ella para diferenciarla de la función que corresponde al analista. La contratransferencia a la que alude es la que los posfreudianos entendían como los sentimientos del analista hacia su paciente.

Lacan no la niega, y la define como la suma de los prejuicios del analista.

El problema no es la contratransferencia, sino considerar la relación entre el analizante y el analista como una situación interhumana suponiendo cierta reciprocidad entre ellos. Allí apunta la crítica lacaniana. Ya que lo que sucede como consecuencia de la supuesta “reciprocidad sentimental” es que se toma la contratransferencia como el medio instrumental del análisis interpretando desde ella el discurso del paciente. En este sentido, Lacan habla de la impropiedad conceptual de la contratransferencia, en tanto que tomarla como garantía del éxito del análisis reduce éste a ser una reeducación emocional del paciente.

Para Lacan, la posición del analista debe ser otra. Justamente es la contratransferencia aquello que el analista tiene que abstenerse de hacer jugar en el análisis. Pero para eso debe *“saber en particular que el criterio de su posición correcta no es que comprenda, o que no comprenda”*.^{vii}

No se trata de que el analista comprenda a su paciente, porque la comprensión se encuentra a nivel de lo consciente: comprendemos en la medida en que creemos poder responder a la demanda.

Entonces, Freud y Lacan acuerdan en que el analista debe abstenerse de responder a la demanda. Cualquier respuesta (positiva o negativa) haría suponer al paciente que el objeto que le falta es el que demanda, impidiendo el encuentro con lo estructural de esa falta.

Responder a la demanda comprendiendo desde la contratransferencia reduce la transferencia al registro imaginario. Si el analista hace intervenir sus sentimientos en el análisis hace intervenir también lo que Lacan nombraba con el “Tú me agradas” o “Tú me desagradas”. Justamente no hacer jugar la contratransferencia implica no colocar allí ninguna de estas dos opciones. La

abstinencia del analista pasa exactamente por ahí, por mantener la extracción de esta dimensión.

Dice Lacan: *“es contratransferencia todo aquello que, de lo que recibe en el análisis como significante, el psicoanalista reprime”*.^{viii} Por lo tanto la dificultad del abordaje de la contratransferencia la sitúa en un problema que denomina *deseo del analista*.

El primer problema que plantea el deseo del analista es la dificultad de su definición.

En principio, el deseo del analista no es la contratransferencia. Tampoco es el deseo de ser analista.

En Freud encontramos un antecedente de lo que dirá Lacan: *“Nos negamos de manera terminante a hacer del paciente que se pone en nuestras manos en busca de auxilio un patrimonio personal, a plasmar por él su destino, a imponerle nuestros ideales y, con la arrogancia del creador, a complacernos en nuestra obra luego de haberlo formado a nuestra imagen y semejanza”*.^{ix}

Lacan a su vez lo define así: *“El deseo del psicoanalista, es en su enunciación, la que sólo podría operar ocupando allí la posición de la x:*

De esa X misma, cuya solución entrega al psicoanalizante su ser y cuyo valor se anota (-φ), la hiancia que se designa como la función del falo al aislarlo en el complejo de castración, o a para lo que lo obtura con el objeto que se reconoce bajo la función aproximativa de la relación pregenital”.^x

Entonces:

El deseo del analista está no en lo que el analista enuncia conscientemente, sino en lo que de ello se lee a nivel inconsciente. Pero para que esto opere, ese deseo debe ser una x. Sólo sosteniendo este deseo enigmático, despojado de todo deseo que pueda tener como sujeto, podrá el analista ocupar su lugar en la transferencia.

Aclaremos que no se trata de un objeto-sustancia, sino del objeto a. Objeto que sólo designa el lugar de un vacío, de una ausencia que causa el deseo, pero que también puede devenir un exceso en tanto puede funcionar como plus de goce.

Sin embargo, Lacan aquí considera no solamente su lugar de objeto causa, sino también la otra vertiente de la transferencia, la referida al (-φ), es decir, la vertiente en relación con el ideal.

Una no es sin la otra, ya que para que se ponga en juego el ideal del sujeto es necesario primero que el analista ocupe su lugar de objeto.

"Si el sujeto en el análisis parte al encuentro de lo que tiene y no conoce lo que va a encontrar es aquello que le falta [...], a saber, su deseo".^{xi} Pero eso que le falta sólo puede encontrarlo como amante. Porque "Con lo que el amor está propiamente relacionado es con la pregunta planteada al Otro acerca de lo que puede darnos y lo que tiene que respondernos. No es que el amor sea idéntico a cada una de esas demandas [...], pero se sitúa en el más allá de esta demanda, en la medida en que el Otro puede respondernos o no como última presencia".^{xii}

El analista rehúsa responder a la demanda, porque está advertido por su análisis, porque ese objeto que el analizante pide, sabe que él no lo tiene. Sabe que no hay en él nada que sea amable y por eso rechaza haber sido el amado, rechaza haber sido él mismo un objeto digno del deseo de nadie.

En la neurosis de transferencia el yo se identifica con el falo imaginario, mientras que la función del analista es la de producir un corte en esta identificación.

"La transferencia se ejerce en el sentido de llevar la demanda a la identificación. Es posible atravesar el plano de la identificación, por medio de la separación del sujeto en la experiencia, porque el deseo del analista, que sigue siendo una x, no tiende a la identificación sino en el sentido contrario".^{xiii}

El psicoanalista entonces guía al paciente hasta el umbral de la acción ética que luego le tocará al analizante llevar a cabo. Y, la libertad que se obtiene luego de esta acción no sigue ningún patrón universal de medida.

El análisis lleva así a la revelación del objeto, a la revelación del vacío de esta causa, vacío de un valor universal y medible del objeto.

"El término (del análisis) consiste en la caída del Sujeto Supuesto Saber y su reducción al advenimiento de ese objeto a, como causa de la división del sujeto, que ocupa el lugar que ocupaba el Sujeto Supuesto Saber".^{xiv}

Lacan plantea al deseo del analista como un "fingir olvidar". Lo que finge olvidar el analista es que su deseo es causa del análisis. Y si finge olvidar quiere decir que no olvida. Se trata de que esa ignorancia que se perdió en el análisis pueda ser transformada en este "finge olvidar" cuál fue el final de su propio análisis para poder simular y aceptar el engaño del saber y del sujeto

supuestos, implica que tiene que fingir olvidar que eso sucedió cuando sabe que sí sucedió. En la medida en que lo logra puede dejar libre este espacio del deseo del analista, vaciado de su propio deseo en relación con el deseo del Otro. El proceso de análisis permite descubrir una contingencia de ese sujeto: qué fue él para el deseo del Otro^{xv}.

De ahí que el duelo del analista sea el duelo por esa ausencia de común medida entre los objetos del deseo. *"No hay objeto que valga más que otro"*^{xvi}. El analista está advertido de que el valor de verdad del objeto como causa de deseo no puede pensarse desde la lógica fálica.

Para Freud el analista tenía que analizarse. Lacan propone, en cambio, que todo aquél que haya llevado su análisis hasta las últimas consecuencias es analista, allí se construye un deseo más fuerte que el de ser amado, por eso el analista está en posición de poder rehusarse a responder a la demanda de amor, porque está advertido de que ni él ni nadie tiene ese objeto que pide el analizante, porque sabe, pero por haberlo experimentado él mismo, que el encuentro con esta falta es el destino del recorrido. Este encuentro no será sin angustia, ya que supone el encuentro con un vacío, con la inexistencia del Otro que supuestamente lo amparaba.

Se entiende entonces por qué el deseo del analista no se refiere al deseo de dedicarse al psicoanálisis sino a una operación que tiene que producirse en el análisis del analista. Operación que tiene como resultado un deseo particular, un deseo que no es puro, sino que puede definirse como deseo de obtener la diferencia absoluta, en la medida en que se trata en él de mantener la distancia entre el a y el- ϕ .

Entonces: ¿qué es un analista? Podemos responder: no hay un ser del analista, ya que esta posición se sostiene en un deseo que es una función referida a un vacío de ser, a un des-ser.

Por otra parte, ¿es el deseo del analista homologable con la abstinencia? Podemos pensar que, si bien la abstinencia está incluida en él, se trata de una función que implica algo más, en tanto supone para el analista haber atravesado el plano de la identificación al objeto amable. Es este "algo más" el punto en el cual este deseo resulta inasimilable a ningún concepto anterior, en el que queda como un ombligo, como aquello más desconocido (hasta para el propio analista) en la medida en que nombra un lugar imposible por estructura.

Y, por último, nos encontramos con un problema que se desprende de lo anterior y que podríamos formular así:

Siendo que el deseo del analista implica “haber ido más allá del ideal”, ¿cómo no caer en el peligro de hacer de este “más allá” un nuevo ideal?

ⁱ López, H. (2000): “La transferencia en los escritos técnicos de Freud”, *Contexto en psicoanálisis N°5*, La Plata, pág. 90.

ⁱⁱ *Ibíd.*, pág. 91.

ⁱⁱⁱ Lacan, J. (2003): *El Seminario, Libro VIII: La transferencia*, Buenos Aires: Paidós, pág. 125.

^{iv} Freud, S. (1986): “Puntualizaciones sobre el amor de transferencia”, *Obras Completas, Tomo XII*, Buenos Aires: Amorrortu, pág. 168.

^v Freud, S. (1986): “Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica”, *Obras Completas, Tomo XVII*, Buenos Aires: Amorrortu, pág. 158.

^{vi} *Ibíd.*, pág. 159.

^{vii} *Op. Cit.* 3, pág. 223.

^{viii} Lacan, J.: *El Seminario, Libro X: La angustia*, inédito, clase 12.

^{ix} *Op. Cit.* 5, pág. 160.

^x Lacan, J.: *Proposición del 9 de octubre de 1967*, inédito.

^{xi} *Op. Cit.* 3, pág. 80.

^{xii} *Ibíd.*, pág. 98.

^{xiii} Lacan, J. (1984). *El Seminario, Libro XI: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Buenos Aires: Paidós, pág. 282.

^{xiv} Lacan, J. *El Seminario, Libro XV: El acto psicoanalítico*, inédito.

^{xv} Rabinovich, D. (1999). *El deseo del psicoanalista*, Buenos Aires: Manantial, pág. 33-34.

^{xvi} *Op. Cit.* 3, pág. 440.